Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 4. *PONCE, PUERTO RICO, FEBRERO 10 DE 1916.* *NUM. 15*

SECCION EDITORIAL

Los Frutos del Romanismo.

Los Vándalos en Acción.

EN la vecina colonia de Santa Julia, donde tenemos una iglesia que ha prosperado mucho, especialmente en el año que acaba de fenecer, se ha recrudecido el fanatismo religioso de los romanistas, como lo demuestran los hechos que vamos a narrar brevemente.

La noche buena, momentos antes de comenzar nuestra fiesta modesta de Navidad, algunos fanáticos se presentaron frente a la capilla y comenzaron a lanzar piedras contra ella.

Uno de esos proyectiles improvisados hirió en la mano a una de las señoritas que estaba sentada cerca de la puerta.

El miércoles pasado, a las cinco y media de la tarde, en los momentos en que el autor de estas líneas abandonaba la capilla, después de haber terminado el culto de oración, se encontró frente a ella con un grupo de 15 señoritas como de 18 a 20 años, que venían del Colegio Saleciano y se detuvieron para insultarlo de palabra y frente a frente, diciéndole frases que pugnan contra las buenas maneras y el recato que toda mujer honesta debe observar.

Como la persona, objeto de estos insultos pasara impávida por enmedio de aquellas *señoritas* sin hacerles caso alguno, éstas le siguieron hasta una de las calles de Matamoros, prodigándole las frases que acusan el grado de piedad y exceso de educación que existe en aquellas damas en ciernes.

Ante atrevimiento semejante, el pastor de aquella grey cristiana se vió precisado a dirigirse a la Comandancia Militar de esta plaza, para solicitar garantías durante el culto de Vigilia que con motivo del fin de año iba a celebrar de 10 a 12 de la noche.

A la deferencia caballerosa que para atenderlo mostró la Comandancia Militar, se debió el que los fanáticos no intentaran interrumpir el servicio religioso y se contentaran con la tarea ingrata de colocarse, en número reducido, frente al edificio para estar silvando de cuando en cuando.

Todas estas inocentes demostraciones de contrariedad, engendradas por el fanatismo religioso y el despecho romanistas hubieran sido vistas por nosotros con el desprecio más profundo, si no se hubiera efectuado el hecho criminal que enseguida vamos a referir.

La madrugada del 2 al 3 del actual, se presentó frente al edificio que forma la Escuela Industrial Metodista, un grupo como de 15 a 20 hombres armados, según el decir del velador señor Frías, y procedió a prender fuego a la planta alta de aquel edificio levantado por el esfuerzo de una mujer perseverante, a quien una buena parte de la juventud femenina evangélica le debe muchos y buenos servicios.

Nos referimos a la Srta. Profesora Laura Temple, hoy ausente del país, pero según entendemos preparándose ya para regresar a él, con nuevos planes y nuevas energías.

Los asaltantes, tan luego como penetraron al terreno perteneciente a la Escuela Industrial, se dirigieron a la perrera en que estaba amarrado el guardián de aquel edificio, bravo y fiel animal a quien alhagaron dándole un

pedazo de tortilla, para lanzarlo estrangulado después.

El hecho de que aquel guardián fiel no ladrara a la hora del asalto, siendo tan bravo como era y apesar de habérsele acercado para darle el pedazo de tortilla, que muerto aún conservaba entre las fauces, indica claramente que uno de aquellos asaltantes conocía al animal y había hecho buenas migas con él.

Una vez sacrificado el perro, los asaltantes se dirigieron al establo y lo incendiaron por completo creyendo tal vez, que como en otros tiempos, albergaba vacas finas y caballos buenos.

Terminada aquella labor criminal los asaltantes e incendiarios aludidos, se dirigieron a una de las ventanas laterales que están en la planta baja de aquel edificio, ventana que mira al norte y pertenece a la capilla que resultó ilesa.

Con un golpe de mano empuñada rompieron uno de los vidrios de aquella ventana y por el hueco que aquel vidrio roto dejó, metieron la mano para quitar el pasador.

La brecha mejor para penetrar a la Escuela Industrial estaba hecha y por ella entraron aquellos vándalos para consumar su obra.

Una vez en la planta alta quemaron los colchones y almohadas de las alumnas, cuyas vacaciones terminaban precisamente el día del asalto y comenzaron a regar por varios departamentos la substancia inflamable de que iban provistos. Así alimentaron aquel incendio formidable, que no acabó por completo con aquel edificio gallardo, gracias a su construcción excelente y a la intervención activa y oportuna de los bomberos.

La ventana por donde penetraron aquellos malhechores, ventana en la que quedó una mancha de sangre, indicio cierto de la herida que sufrió en la mano quien rompió con ella el vidrio, es una de las pocas, tal vez la única, que puede dar entrada franca a todos los departamentos de aquel edificio.

Este es otro indicio cierto, de que uno de aquellos incendiarios conocía perfectamente aquel edificio.

No olvide la autoridad este dato, que es precioso.

¿Quiénes fueron los directores de aquel atentado salvaje, que las autoridades deben castigar con mano severa, para acabar de una vez para siempre con las hazañas de los eternos enemigos de la libertad de conciencia, que aún suspiran por los buenos tiempos en que imperaba la llamada Santa Inquisición?

¿Qué indicios hay de que por esta vez la justicia se abra paso libre, para dar con los culpables y aplicarles el castigo que merecen?

He aquí lo que diremos francamente en otra ocasión, para no entorpecer por hoy las pesquizas de la autoridad, que a juicio nuestro van por muy buen camino.—*Tomado de El Abogado Cristiano, de Méjico.*

La Escuela Parroquial frente a la Escuela Pública.

Por Abelardo M. Díaz.

I

La escuela parroquial y la escuela pública, es decir, la escuela del oscurantismo frente a la escuela del progreso, la escuela del absolutismo frente a la escuela de la libertad, la escuela del pasado frente a la escuela del porvenir, la escuela de los curas frente a la escuela del pueblo.

¿Cuál será la victoriosa? ¿Caerá la alondra en las garras del buho? ¿O logrará el día desvanecer las tinieblas de la noche? Observo el presente y lo veo amenazador. Pienso en el futuro, y se me presenta indeciso, sombrío y como henchido de tempestades. ¿Por qué? Porque el pueblo duerme profundamente, inconsciente del peligro que le rodea, como un ebrio que yace a la orilla de un abismo. Mientras él reposa cándidamente en el hipnotizante fatal lecho de la reacción, su astuto enemigo le contempla, con ojos airados y sonrisa feroz, dispuesto o clavar en su corazón el emponzoñado puñal del jesuitismo.

La escuela parroquial y la escuela pública son dos entidades o fuerzas antagónicas, no por la diversidad de sus métodos pedagógicos que emplean, sino porque ellas son los instrumentos de los principios que se repelen como la luz y las tinieblas. La escuela parroquial es la escuela de Roma; la pública es la escuela de la patria. La escuela parroquial prepara fanáticos para el papado; la escuela pública, ciudadanos para la sociedad. La escuela parroquial aduerme y esclaviza la conciencia del niño y el joven; la escuela pública despier-

ta y desarrolla la inteligencia. La escuela parroquial no reconoce más ley que el dogma, ni más soberano que el papa; la escuela pública enseña (en las democracias) que no hay más ley que la verdad, ni más soberano que Dios.

Desde que la escuela pública, la escuela del pueblo, apareció como efecto natural y compañera indispensable del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, es decir, como hija amada de la libertad intelectual, religiosa y política, Roma, la terrible vieja reaccionaria, la perpetua e implacable enemiga de la libertad de los pueblos, de los derechos sacrosantos del hombre, necesitó un cómplice, y este fué, es y será la escuela parroquial, cuya misión principal consiste en desacreditar y anular a la escuela pública.

Basta leer someramente la historia y la prensa de las naciones, para darse uno perfecta cuenta de que la escuela parroquial no tiene por objeto la ilustración y la elevación moral del pueblo, sino el sometimiento del pueblo.

¿Cuándo es el tiempo más oportuno para hacer el pueblo a semejanza o a gusto de Roma? Lector, pregúntaselo a un jesuita, y él te contestará: «Dame tu hijo los siete primeros años de su vida, y poco me importa quien te lo eduque después; él siempre será mío.»

Puede ser que alguien pregunte: ¿Por qué Roma se interesa tanto en la educación de los niños y los jóvenes? ¿Acaso no prueba esto mismo, de una manera elocuentísima, que ella ama a la niñez y al progreso? Así parece, pero escuchemos el autorizado testimonio del conocido pedagogo francés G. Compayré, quien al hablar de los jesuitas, que entre las órdenes religiosas es la más que se ocupa de la instrucción, dice en su «Historia de la Pedagogía:» "*La verdad es que los jesuitas ni desean ni aman la instrucción del pueblo . . . no persiguen mas que la educación aristocrática de las clases directoras, que esperan, además, dirigir por sí mismos* . . . . La ignorancia del pueblo es la mejor salvaguardia de su fe y la fe es el fin supremo . . . Los jesuitas son, en todo, enemigos del progreso, e intolerantes para toda novedad, querrían detener y paralizar el espíritu humano . . . *Los jesuitas tienen el grave defecto de alejar al niño de su familia.* Quieren dominarle por completo. *El ideal del alumno perfecto es de olvidar a sus padres.* He aquí lo que se dice de un discípulo de los jesuitas que fué más tarde miembro de la orden, J. B. Schultans:

"*Su madre le hizo una visita en el colegio de Trento y él rehusó estrecharle la mano y ni aún mirarla.* La madre, asombrada y afligida, le preguntó la causa de la frialdad con que la recibía. No te miro, respondió el colegial, no porque eres mi madre, sino porque eres una mujer . . . Cuando murió la madre de Schultans, éste no manifestó la menor emoción, *pues desde mucho antes había adoptado a la Santísima Vírgen como su verdadera madre.*"

Continúa hablando Compayré: «Los principios generales de la pedagogía de los jesuitas están en completa oposición con nuestras ideas modernas. La obediencia ciega, la supresión de toda libertad y de toda expontaneidad, tal es el fondo de su educación moral: "*Es preciso adherirnos a la iglesia romana hasta el punto de ver negro lo que nos dice que es negro, aún cuando sea blanco.*

Aunque Dios te hubiera dado como maestro a un animal privado de razón, no vaciles en prestarle obediencia como a un maestro y guía, por el único motivo de que Dios lo ha mandado así." (Historia de la Pedagogía, versión castellana, páginas 120, 122 y 124.)

Por eso es que los grandes pensadores y patriotas franceses han protestado, constante y valientemente, contra la funesta ingerencia de Roma en la educación de Francia; porque la escuela clerical allí, como en todas partes, es la nube negra que se levanta terriblemente amenazadora en el horizonte social, ocultando en su sombrío seno el rayo que ha de producir la muerte del progreso y de la libertad.

Contra el predominio de la sotana en la escuela y la odiosa tiranía de los beatos sobre el pobre maestro de la escuela laica fué que el gran novelista Emilio Zolá escribió su interesante y conmovedor libro «La Verdad,» lleno de ternura para el maestro perseguido, de justa indignación para sus crueles victimarios y de admirable fe en el triunfo final de la verdad y de la dignidad humana sobre la mentira y el servilismo.

Y contra ese mismo fatal predominio el inmortal Víctor Hugo exclamó, públicamente airado:

«Ya hace mucho tiempo que procuráis poner una mordaza al espíritu humano. ¿Y vosotros queréis haceros dueños de la enseñanza? y no queréis aceptar ni a un escritor, ni a un filósofo, ni a un pensador . . . Si el cerebro humano estuviese a vuestra disposición, lo mandarías a la hoguera.

¡Ah! Queréis que os entreguen los pueblos para instruirlos. Está bien, pero veamos vuestros discípulos, veamos sus productos. ¿Qué habéis hecho de Italia y de España? Diez siglos hace que tenéis en vuestras manos, en vuestra dirección, en vuestras escuelas, bajo vuestra férula a esas dos grandes naciones. La Italia, que ha enseñado a leer al género humano, hoy no sabe leer.

España ha perdido, gracias a vosotros, gracias a vuestro yugo de embrutecimiento, que también es yugo que degrada y aminora, España, digo, ha perdido el secreto del poder que había tomado de los romanos, el genio de las artes que le inspiraron los árabes y el mundo que le había regalado Dios, recibiendo, en cambio de todo aquello que le habéis hecho perder, la Inquisición que ha quemado 5,000,000 de hombres.

Aquí tenéis vuestras obras, maestros. Habéis apagado ese foco que se llama Italia, y habéis minado ese coloso que se llama España. Ved lo que habéis hecho de esos dos grandes pueblos.

¿Qué pretendéis hacer ahora con nosotros?»

(*Concluirá.*)

¿Por qué Será?

Por D. Echavarría

Dijo un gran historiador italiano que toda grande obra es una lucha, una educación, una lid. La verdad de este acerto lo prueba con hechos irrefutables la historia de todas las épocas. Desde el mismísimo día que hendió los aires e hirió los tímpanos la buena nueva de la salvación por Cristo que angélicos mensajeros trajeron al hombre, la lucha quedó empeñada y hasta hoy de todas partes se le hace fuerza. Aquella nueva que es en sí el antídoto a todas las aflicciones humanas y que por la gracia de Dios nos llegó en momentos de acerba y tiránica dominación hubo de toparse con opositores conjurados que a serles posible le hubieran asestado el golpe de gracia, haciéndola así víctima de su insania y de sus malhadadas pretensiones.

Pero contra fuerzas mayores las fuerzas menores no hacen mella. Sí, la voz del Evangelio que atronó los mundos es una fuerza irrefrenable, irreductible, porque es la verdad de Dios, y quienes quieran eclipsar sus salutíferos resplandores se llevarán el chasco de los muchachos que pretendían con sus manos abiertas ocultar la luz del sol.

La oposición al Evangelio ha sido formidable y podríamos preguntarle a sus gratuitos opositores, ¿qué mal os hace el Evangelio de Cristo que os anunciamos, qué ofensa os infiere para que le hagáis objeto de vuestros odios y de vuestras invectivas? Aún los «reporters» y los corresponsales de los diarios políticos se han conjurado (en su mayor parte) para con su mutismo hacerle la guerra. Para estos cronistas (salvo raras excepciones) la Iglesia Evangélica no existe en la isla pues que nunca su pluma se ha mojado para emborronar una cuartilla siquiera respecto a la obra magna de la Iglesia Evangélica. Estos caballeros y patriotas intachables no pasan por alto la más mínima cosa sin dar cuenta a la prensa de ello. Basta que una despalilladora deje su banco en la fábrica para venirse a hacer curaciones verídicas o falsas para que los corresponsales y reporters alarmen con sus largas notas en la prensa a todo un pueblo ávido de maravillas y novedades. Casan un hombre y una mujer y no faltará un corresponsal para mandar el *notición* a su periódico: La novia no parecía mujer sino una hada encantada; el novio parecía un serafín, y en materia de detalles le cuenta hasta los tapones a las botellas de cerveza. Cumple año una bella de la aristocracia y enseguida el corresponsal empieza su crónica: «Fiesta Onomástica»—Adornaban la estancia la linda, la bellísima, la gentil, la graciosa, la espiritual, la divina señorita tal y tal, además estaban el correcto, ilustrado, fino y pundonoroso joven H y B. Se da una función de títires o de acróbatas que se puede pagar por no verlos y el corresponsal escribe porque sí. Si hay una jarana en una casa de familia con una guitarra mal tocada o con una sinfonía con la mi-